

## Puntos de Vista



Domingo 26 de febrero de 2012 18:00

# Ignorancia: clave de una vida feliz

BY: ALEJANDRO A. BEVAQUA (\*)

Pensar no es patrimonio de unos pocos sino, en esencia, de todos los seres humanos; pensar apropiadamente, razonar con sustento teórico y juicio crítico, es decir, reflexionar, ya es otra cosa.

Reflexión implica un acto consciente, que insume tiempo y conlleva un gasto de energía considerable; supone, al decir de Julián Marías, reconcentrarse en uno mismo, ensimismarse, abstraerse del "ruido" del mundo (no de su realidad), para pensarlo y, siguiendo a Marx, luego de haberlo pensado, (intentar) modificarlo.

En realidad, el solo hecho de cavilar sobre una cuestión ya implica su transformación; no es igual una realidad indiferente al sujeto que una que le importa y que, por tanto, al menos, la observa, la analiza e intenta superarla, aunque no lo logre en un primer momento.

¿A qué llamamos "ruido", en este contexto actual? Ni más ni menos que a aquellos eventos (mediáticos o sociales) que pueden ser tomados como el equivalente circense de los antiguos romanos: televisión basura, concursos insólitos, justas deportivas de toda índole (nacionales o internacionales), cuya principal característica es la cotidianeidad, donde la subjetividad se cede a la masa y esta se entretiene y pasa el tiempo; el pan viene dado, a su vez, para algunos, luego de un arduo y desgastante trabajo que consume las fuerzas del individuo; para otros, después de la concurrencia a actos partidarios de la divisa de turno (no importa cuál sea esta), para obtener las prebendas de los nefastos planes sociales, repartidos a mansalva desde el gobierno de turno entre aquellos mediocres pseudodirigentes que arrastran mayor número de personas a estos eventos.

Así, aunamos "pan y circo" en un nada ingenuo proyecto de dominio de las multitudes, cuya historicidad reconoce tanto tiempo como la existencia misma del ser humano sobre la faz de la tierra: el desgaste por el temor, el cansancio o el entretenimiento de la persona, con el único fin de embotar sus sentidos y desviar cualquier intento de desarrollar un pensamiento propio, crítico.

Nuevamente, parafraseando a Marx (aunque este se refiriera a las creencias religiosas), se trata de llevar adelante un nuevo narcótico popular, ahora adaptado al tiempo posmoderno y distribuido a través de ciertos medios masivos de comunicación mediante los cuales se controla a la muchedumbre, exacerbando las más primitivas pasiones de esta e invalidando y disolviendo las luces de la razón.

La sistemática destrucción de la educación pública (laica, gratuita, universal y obligatoria), con la complicidad (¿ingenua?) del gremio docente; el fácil sometimiento de la turba ignorante y desorientada, el agobio de los trabajadores con cada vez más y más horas de labor, amén de la marginación y el combate a los escasos núcleos de pensamiento libre que quedan en nuestro medio, son parte de esa constante metódica, ordenada y sistemática a través de los siglos, de despótico dominio masivo por parte de una aristocracia (que, paradójicamente, en democracia también existe) no siempre bienintencionada.

Lo que fuera en tiempos medievales la promesa de un mundo mejor posterior a la muerte se sostuvo en el mismo oscurantismo de la plebe que hoy se aprovecha para sojuzgar a los más incultos, convirtiéndolos en una fuerza temporariamente útil al poder de turno: la utopía de una vida plena posterior a la muerte de aquellos siglos pretéritos es, hoy, la quimera de progreso y bienestar para nuestros descendientes; así, se mantiene al sujeto esperanzado en un futuro mejor, mientras se lo reduce, con promesas vanas, en el presente.

Claro que, por otro lado, la ignorancia por sí, o por el agobio de la inteligencia que impide el acto consciente, pero doloroso, desgastante, de pensar, tiene sus ventajas: no darse cuenta, no interesarse, no hacer patente el concepto de la ignominia (Karl Marx) hasta convertirla en dolorosa; en suma, no vivir sino apenas subsistir, pasar las horas, el día o la existencia misma en una suerte de euforia embriagante, otorga una falsa (pero práctica) sensación de vana y fútil felicidad, mientras se deja el control de nuestra existencia en manos de terceros que la dirigen según su capricho y beneficio; la razón, por el contrario, nos obliga irremisiblemente a hacernos cargo de nuestra propia vida.

Si la vida realmente vivida, pensada, sometida al imperio último de la razón es (como sostuviera Sócrates) una larga enfermedad, entonces la ignorancia parece ser la cura para la misma o, mínimamente, un interesante paliativo para sobrellevar esta dolencia vital; motivo, este, más que suficiente para que nuestros dirigentes (siempre bien dispuestos) nos dispensen, gratuita y generosamente, la medicación precisa: más pan y más circo.

Vivir plenamente significa educar (y educarse) para gobernar la propia existencia; esta premisa deviene cierta aun bajo la óptica del más simple utilitarismo propuesto por John Stuart Mill y J. Bentham.

(\*) Alejandro A. Bevaqua (bevaquaalejandro@hotmail.com) es médico, especialista en medicina legal; reside en Bahía Blanca.